

SEYCHELLES: BASES Y COORDENADAS DE LA POLITICA EXTERIOR DEL ESTADO MAS PEQUEÑO DE AFRICA

Seychelles en un mundo en el que se encogen rápidamente las distancias nos evoca, lo que en realidad son, un rincón paradisíaco y aislado que apenas comienza a ser descubierto por el turismo.

Pero al propio tiempo, y desde hace algo más de dos años, Seychelles es también un país independiente, un nuevo microestado insular como Comoros¹, aunque en otro contexto y sin los problemas acuciantes de aquél, es, además, tanto por su extensión como por su población, el Estado más pequeño de Africa.

La extensión total del archipiélago sobre el que se asienta no pasa de 276 km², de ellos 145 km² en la isla de Mahé, donde se encuentra la minúscula capital—Victoria, en honor de la homónima reina británica—y se concentra el 85 por 100 de la reducida población insular, apenas 60.000 habitantes.

El territorio no sólo es reducido sino disperso, una extensión poco mayor que un tercio de la del municipio madrileño está distribuida en 92 islas, 40 de ellas graníticas y el resto coralinas, habitadas estas últimas más por aves que por humanos, sobre una inmensa y estratégica porción del océano Indico, ese mar que hoy, sin demasiado éxito, se trata de convertir en una «zona de paz».

La primera característica del archipiélago, que impregna toda su Historia, es el aislamiento. Se encuentra en medio del océano a 1.000 millas del continente africano, a 2.000 de la India y a 1.300 de Mauricio de donde dependió administrativamente durante el siglo largo que transcurre desde que los franceses se instalaron en Mahé hasta 1903.

Esta situación geográfica, a la par aislada y central, constituye en la era presente una importante baza estratégica, como centro de comunicaciones y de potencial turístico, precisamente por encontrarse fuera y lejos de los superexplotados emporios del último cuarto de siglo.

¹ Vid. artículo del autor: «Comoros, macroproblemas de un microestado» en la *Revista de Política Internacional*, núm. 155 (enero-febrero 1978).

Hasta hace pocos años su aislamiento lo convirtió en el lugar ideal para confinar a políticos hostiles o incómodos para los Gobiernos de sus sucesivas metrópolis.

En época tan temprana como 1802—Seychelles contaba entonces con poco más de 2.000 habitantes, esclavos en su mayoría— el primer cónsul, Bonaparte, decide desterrar a su lejano dominio de Seychelles a 70 terroristas jacobinos acusados como responsables del «complot de la máquina infernal». Mal acogidos por los colonos, parte de los contados supervivientes hubieron de marchar a Comoros, tan apartado de las rutas marítimas de la época como lo era su lugar de destino. Casi ninguno regresó a su Patria.

Los ingleses mientras dominan las islas confinarán en ellas a numerosas personalidades de las que en su inmenso Imperio se oponían, por una u otra razón, al dominio metropolitano.

Son huéspedes forzosos de Seychelles: Prempeh, ex rey de Ashanti, que en 1901 llegará a su lugar de destierro vestido con la piel de leopardo de la realeza; el sultán Abdullah Khan de Perak en 1875; el rey Mwangi de Uganda, más conocido como responsable de la muerte de los cuarenta mártires católicos, en 1901; el antiguo primer ministro egipcio Saad Zaghoul Pachá, en 1922, para rematar esta galería de insignes personajes el arzobispo Makarios en 1956, cuando todavía no era presidente de Chipre ni uno de los dirigentes del Tercer Mundo. Por cierto, al prelado le gustó su lugar de destierro y años después volvería brevemente a él en visita oficial como jefe de Estado.

Pero en esta línea el proyecto más ambicioso se debió al secretario de Colonias británico Winston Churchill, que en 1922 propuso el confinamiento en la isla de Praslin de 5.000 nacionalistas irlandeses. La independencia del Estado Libre en el mismo año hizo abortar este proyecto de convertir a Seychelles en la Cayena del Indico.

Pero en los últimos tiempos, en la era del *jet* y de los grandes bloques mundiales de poder, Seychelles ha dejado de ser el remoto archipiélago en el fin del mundo para convertirse por determinismo geográfico en lugar de importancia estratégica no desdeñable y en uno de los infinitos puntos del planeta donde se enfrentan—en este caso pacíficamente— las grandes potencias.

Su situación en medio del océano, el carácter granítico de la isla principal, cruzada por una cadena montañosa de elevación relativamente grande, ha hecho que los Estados Unidos instalasen en 1963 una estación de seguimiento de satélites. Cuenta además Mahé con una buena red de carreteras asfaltadas y un excelente y abrigado puerto natural en Victoria, con óptimas condiciones para convertirse

en una base naval—como en efecto lo fue para la flota británica durante la Segunda Guerra Mundial—de gran valor estratégico por su localización.

Pero de este determinismo geográfico no solamente se derivan ventajas militares sino también económicas; como escala aérea entre Africa y Asia y como el emporio turístico que comienza a ser.

* * *

En su aspecto externo poco parece tener en común el nuevo Estado con sus hermanos del continente africano, su aire evoca más el Caribe—concretamente las Antillas Británicas—y caribeño es también su ritmo vital, aspecto humano y nivel de vida.

Como lugar aislado desarrolló una fauna típica y exótica que lo reciente de su poblamiento ha conservado en gran parte sin tocar.

Al estar libre de las endemias normales en el vecino continente, dotado de temperatura suave durante todo el año y situado fuera de la ruta de los ciclones, el país reúne perfectas condiciones de habitabilidad pero su lejanía y aislamiento hizo que quedara fuera de las vías históricas de emigración marítima y que hasta muy entrado el siglo XVIII estuviese despoblado.

* * *

El origen de sus habitantes es foráneo, de aluvión, y no obstante lo reducido de la población las raíces de ésta son complejas, lo que tiene su reflejo en la cultura, costumbres, religión, folklore y hasta cocina locales.

El elemento étnico más importante es el negro, procedente del continente africano bien como esclavos o, en la mayoría de los casos, como liberados por la escuadra inglesa de los barcos negreros árabes en el pasado siglo que, desembarcados en las islas, allí se afincaron. Hay descendientes de colonos franceses del siglo XVIII, del funcionariado colonial británico, chinos e indios que, al igual que en el Africa oriental, se dedican al pequeño comercio que aquí han llegado a monopolizar prácticamente

Pero todas estas razas—salvo los procedentes del subcontinente indico—se encuentran muy mezcladas en toda clase de combinaciones y gamas, de forma que desde 1911 ya no aparecen en los censos locales la distribución de la población seychellesa por grupos étnicos.

La gran mayoría de los habitantes son mulatos afrofranceses siendo la primera de estas sangres la que normalmente predomina, y ellos constituyen también la masa proletaria local, mientras que los descendientes más puros de los primitivos colonos franceses siguen ocupando un puesto superior en la escala social.

Esta estructura étnica se ha mantenido, no obstante los cambios políticos y económicos de los últimos años, con unas normas restrictivas hacia la inmigración, ya que, en efecto, Seychelles como muchas islas tropicales se encuentra superpoblada, en especial con respecto a su territorio agrícola útil, lo que ha provocado en las últimas décadas una emigración de cierto volumen al Africa oriental, Australia y Gran Bretaña, calculándose que actualmente son 28.000 los seychelenses que residen fuera de su Patria, aunque en ella como en otros territorios insulares en similar tesitura se acusa, más o menos espontáneamente, una gran disminución del índice de natalidad durante los últimos años.

Resultado de su primitiva colonización bajo la Monarquía francesa y la presencia de una población mayoritariamente de origen africano ha sido que el lenguaje comunmente hablado sea un derivado del francés —el *creole*— aunque la lengua oficial sea el inglés, y el francés sea también generalmente conocido. Razones culturales que aquí, como en otros territorios de la francofonía, han provocado el interés del Gobierno de París.

En general, la Administración británica, aquí como en otros territorios de su antiguo Imperio, poco esfuerzo hizo por modificar lo ha sido que el lenguaje comúnmente hablado sea un derivado del aquí que no sólo se conserve el idioma, más o menos transformado, de los primeros colonos, sino también la religión católica que éstos dejaron, que constituye la del 80 por 100 de la población y cuyo mantenimiento débese en gran parte a la presencia francesa que desde 1851 ha proporcionado la mayoría de los sacerdotes, encargados no sólo del aspecto religioso sino también del educativo, cuya importancia no puede menospreciarse, y foráneos han sido también los obispos de la diócesis hasta que en 1975 se nombra el primer prelado nativo.

Sin embargo, la fuerte presencia católica no se ha reflejado en un puritanismo y rigor en las costumbres, ni en una adhesión estricta a los ritos y usos que la Iglesia de Roma suele imponer con mayor severidad en otras latitudes.

El heterogéneo origen de la población se refleja también en sus hábitos, costumbres, folklore y cultura, haciendo de las islas un microcosmo de su compleja área geográfica.

* * *

Como el pequeño territorio carece de recursos minerales y un programa de industrialización sería utópico, su economía como la de tantas naciones insulares ha sido tradicionalmente la del monocultivo orientado a la exportación como solución, a la par, la más rentable y la única posible.

Monocultivos cíclicos, limitados en sus posibilidades por la reducida población local y por la escasez de tierras agrícolas útiles ya que, aun hoy, tan sólo 1.000 Ha. están bajo cultivo.

Primero fue el algodón desde el final de las Guerras Napoleónicas hasta que la abolición de la esclavitud en las colonias británicas en 1835 hace que Seychelles regrese a una agricultura de subsistencia.

Mediado el siglo viene el ciclo del cocotero, que dura hasta 1880 en que le sucede el de la vainilla, cuyo auge finaliza en los primeros años del presente siglo en que se vincula con el Africa Oriental Alemana, único territorio con el que está unido por una línea marítima regular, hasta el comienzo de la Primera Guerra Mundial.

Después, y prácticamente hasta la última década, vuelve el archipiélago a una economía de subsistencia con un limitado comercio exterior, integrado en el sistema monetario de la India inglesa, en 1939 adopta su propia valuta; la rupia seychellesa².

Su comercio exterior se asienta sobre bases harto precarias: la copra—producida por los 2.000.000 de cocoteros que pueblan las islas—canela silvestre, vainilla y pachulí constituyen hoy la casi totalidad de su exportación. Son tan exóticos como sustituibles en los mercados internacionales.

Por contraposición el archipiélago importa hoy por hoy casi todo lo que consume, e incluso los recuerdos y artículos de artesanía para el creciente turismo están en su casi totalidad fabricados en Hong Kong o Japón.

El índice de cobertura comercial es muy reducido, alcanzando apenas el 10 por 100³ y la antigua metrópoli ha sido y sigue siendo el principal cliente y suministrador de Seychelles.

² Vinculada a la libra esterlina a razón de 13.33 por una libra; no existe control de cambios, fenómeno muy poco frecuente en Africa.

³ Así en 1973 el valor de las exportaciones representó tan sólo 12.900.000 rupias frente a 131.400.000 rupias de las importaciones.

Existe, lógicamente, la riqueza potencial de la pesca en un mar circundante tan abundante en ella como poco explotado todavía, pero aquí, como en otras latitudes, son pesqueros japoneses y coreanos los que se benefician, limitándose la industria local al nivel de pesca artesanal, lo que ha provocado ya tensiones frente a la agresividad foránea de que se ha hecho eco el Gobierno surgido el pasado año.

Las capturas pesqueras locales constituyen ya un renglón sustancial de su economía aunque aún, y paradójicamente, tiene que acudir a importaciones de estos productos.

Es en los últimos diez años cuando esta perspectiva económica va a variar radicalmente al decidir el Gobierno local potenciar el exotismo, lejanía y belleza insulares para escoger al turismo como base de su desarrollo futuro, como un nuevo monocultivo adaptado a la era del *jet*.

Todavía en 1968 no recibía sino 1.000 turistas anuales, tres años después los censos locales no registran más de 200 plazas hoteleras y, aparte de algún vuelo *charter*, sólo contaban los visitantes con una precaria línea marítima con Mombasa de frecuencia quincenal.

El *boom* va a iniciarse por una clara decisión política en la coyuntura propicia.

En noviembre de 1969 el Gobierno de Seychelles publica su Libro Blanco sobre desarrollo del turismo al que convierte en eje de la futura economía isleña, creando en septiembre de 1970 la Oficina de Desarrollo Turístico.

En 1969 se inicia el auge de la construcción, principalmente orientada a los servicios turísticos, que no será afectada por la crisis petrolera de 1973-74, de tal forma que en los años siguientes la construcción viene a absorber el 40 por 100 de la población activa del sector privado.

El momento del despegue turístico se sitúa en 1971 con la apertura del aeropuerto internacional —inaugurado solemnemente en marzo del año siguiente por la reina de Inglaterra, primer monarca británico que visita este alejado rincón de su Imperio— que acaba con el histórico aislamiento de Seychelles.

El aeropuerto cuya construcción costó 6.500.000 libras, cifra evidentemente fuera de las limitadas posibilidades económicas locales, fue financiado por la metrópoli, a cambio consiguió la secesión de Seychelles de las islas de Farquhar, Desroches y Aldabra que pasan a formar parte en 1965 del denominado Territorio Británico del Océano Indico, que retornan de nuevo a la jurisdicción de Seychelles al alcanzar este país la independencia.

En los años siguientes el desarrollo del sector turístico es espectacular, de 3.175 visitantes en 1971 se pasa a 15.000 en 1972, 26.000 en 1974, 37.321 en 1975, calculándose que en el presente año asciendan a 57.000 —tantos como habitantes— con un ingreso de 11.000.000 de libras, cantidad que cubre ampliamente el agudo y tradicional déficit en la balanza comercial insular.

Hoy por hoy, el turismo representa el 46 por 100 del PNB de Seychelles lo que ha permitido elevar la renta per capita de sus habitantes a unos 500 dólares anuales aproximadamente, cifra muy alta para los niveles africanos.

Existen una docena de hoteles de categoría internacional y el sector turístico absorbe el 18 por 100 de la fuerza de trabajo local.

Sin embargo, en los últimos tiempos se ha tomado conciencia en los medios oficiales del carácter absorbente del nuevo monocultivo y sus posibles efectos destructivos para la peculiar ecología del archipiélago y en este sentido se han tomado medidas limitando el número de establecimientos hoteleros, su altura —no mayor que la del cocotero más elevado— y el número máximo de turistas previstos en el futuro, amén de otros proyectos para diversificar la economía insular.

En efecto, no obstante el *boom* turístico, la economía seychellesa es estructuralmente débil y socialmente desequilibrada.

El presupuesto del territorio acusó un déficit crónico cubierto por la metrópoli en forma estatutaria desde 1958 con subsidios (*grants-in-aid*) que de 1947 a 1969 representaron 3.217.000 libras, cifra proporcionalmente muy elevada en relación con el reducido número de habitantes de Seychelles.

Se preveía que el Plan de Desarrollo de 1970-74 fuese financiado precisamente con la ayuda británica, que en 1974 y 1975 ascendió a 57.000.000 de rupias anuales, constituyendo una fuente de ingresos y empleo de volumen similar al generado por el turismo en aquellas fechas.

Si el turismo y la ayuda británica —que se ha mantenido después de la independencia— han suavizado los problemas económicos del archipiélago no han eliminado totalmente el paro, al que se han unido nuevas tensiones derivadas de la expansión de los últimos años, desigual como suele ser frecuente en coyunturas socioeconómicas similares.

Las diferencias sociales entre la masa de un lado y las viejas élites criollas, comerciantes indios, empresarios extranjeros y la nueva oligarquía política de otro no fueron superadas.

No obstante las grandes limitaciones al establecimiento de extranjeros en Seychelles y a las salvaguardias contra la adquisición de propiedades por los mismos no ha podido evitarse que estas adquisiciones hayan sido grandes—algunos cálculos hacen ascender al 30 por 100 del territorio nacional las propiedades de súbditos extranjeros, incluida alguna de las islas del archipiélago—lo que no deja de provocar la reacción lógica de los nacionalistas radicales.

A pesar de estos dos factores, no ajenos al origen del golpe de 1977, Seychelles, amén de su elevada renta per capita, cuenta con un sistema educativo adecuado y una infraestructura sanitaria superior a la de la gran mayoría de los otros Estados africanos.

* * *

Las islas entran en la Geografía y en la Historia en el mapa de Alberto Cantino de 1502, parece que su descubridor y primer visitante fue Vasco de Gama en el curso de su segundo viaje a la India.

Pero hasta el final del siglo xviii no tuvieron otros habitantes permanentes que la peculiar fauna local.

Consta en 1609 el primer desembarco documentado, esta vez por navegantes ingleses, que definieron el territorio en términos encomiásticos pero que tampoco se establecieron en forma permanente.

Los siglos xvii y xviii lo convierten en mítica guarida de piratas de diversos orígenes, que realizaban sus depredaciones contra el rico comercio entre Europa y la India, pero tampoco hubo establecimiento alguno permanente, similar a los que en los mismos años creaban sus hermanos en el Caribe—Belice (Wallis), isla de la Tortuga, Curaçao, etcétera—se dice que enterraron tesoros en Seychelles, allí, como en el Caribe donde existen similares leyendas, nada se ha encontrado que las justifique.

Fue en estos siglos, y no sólo para los corsarios sino también para los navíos que de El Cabo, Mozambique o Europa marchaban a Oriente, punto de aguada, de abastecimiento con la carne de las tortugas locales, pero en 1770 Seychelles estaba aún deshabitada. Ello a esas alturas del tiempo comenzaba a constituir una anomalía que pronto debía desaparecer por la dinámica de la Historia.

Se debe a impulso francés, aunque éstos sean minoritarios, el poblamiento de las islas, la realidad sociológica refleja el principio galo de aquellos años: «sin negros no hay colonias».

Francia, o más concretamente, la Compañía Francesa de las Indias Orientales, tiene ya una presencia en el Indico en los siglos xvii y xviii,

su centro está en la isla de Francia—hoy Mauricio—de allí parten las expediciones, a escala objetivamente harto modesta, que expanden por los dispersos archipiélagos de aquel Océano la presencia francesa.

En 1742 es el turno de Seychelles. En aquel año el gobernador de la isla de Francia, La Bourdonnais, envía al capitán Picault a explorar nuestro archipiélago, bautizará a Mahé como isla de la Abundancia pero significativamente no tratará de establecer en ella una colonia permanente.

En 1756 un irlandés al servicio de Francia, Morphey, toma posesión solemne del territorio en nombre de su patria de adopción y levanta como testimonio «La piedra de la posesión», que hoy se guarda en el micromuseo de Victoria, creado en la capital insular con ayuda de la Fundación Carnegie, en el que se conserva también la lista de las primeras familias de origen francés asentadas en la isla.

Morphey es también quien bautiza al territorio con el nombre que, ligeramente modificado, llegará hasta nuestros días de Séchelles, alto funcionario francés de la época hoy olvidado en los archivos y recordado en un archipiélago del Indico que nunca llegó a visitar.

En 1770 se establecen en Mahé los primeros pobladores fijos bajo la dirección de un francés de Mauricio, Brayer de Barré; son quince blancos, siete esclavos, cinco malabaries y una negra. Con ello Seychelles entra en la Historia y se inician ciento treinta y tres años de su dependencia administrativa de Port Louis, en Mauricio.

Este primer grupo de colonos tiene poco éxito, la lejanía es grande. En 1778 se instala una primera guarnición permanente, se potencia la posición estratégica y las posibilidades portuarias de Mahé. En 1785 habitan las islas 28 soldados, siete colonos y 123 esclavos.

Es el principio real de la presencia francesa. De ella provienen el 90 por 100 de los nombres geográficos, el idioma local y no poca aportación étnica, de que es ejemplo cumplido su actual primer mandatario.

El dominio político efectivo de Francia sobre las Seychelles dura muy poco más de veinte años.

Al comenzar la guerra europea de 1792-1815 el *status* del archipiélago, como el de las demás posesiones francesas de ultramar, se hace fluido y confuso. Imposible de proteger de una Inglaterra que dominaba los mares y con una minoría de colonos que temían ver repetido por la mayoría de negros esclavos el ejemplo haitiano.

En 1794 se rinden a la flota británica, que no las ocupa, continuando el mismo gobernador francés y gozando las islas de un

estatuto especial de neutralidad que las convierten en punto de escala de balleneros norteamericanos, *dhow*s árabes dedicados a la trata de esclavos y de buques ingleses en la ruta de la India.

La población es aún muy reducida: en 1803 lo habitan 215 blancos, 86 negros libres y 1.820 esclavos. Su estatuto peculiar dura con altibajos hasta 1814, en que el Tratado de París consagra su cesión a Gran Bretaña, que la gobernará hasta que en 1976 obtiene la independencia.

Durante el siglo XIX dependen de Mauricio. En 1872, bajo la gestión del general Gordon, que adquirirá fama pocos años después por su defensa de Jartum, se nombra un administrador autónomo para Seychelles, siempre dependiente del gobernador de Port Louis, hasta que en 1903 se convierte en Colonia de la Corona, con su propio gobernador responsable directamente al Gobierno de Londres.

El territorio se resiente de aislamiento y su población crece lentamente, sigue siendo base de balleneros y la línea marítima francesa al océano Índico toca en Victoria hasta 1888. En los años siguientes los veleros que cargaban la copra con destino a Mauricio desaparecen y el archipiélago no vuelve a tener relaciones marítimas regulares hasta que se crea en 1907 la línea con el África Oriental Alemana. El país cuenta entonces con 20.000 habitantes.

Hasta la última década las islas vegetan como paraíso pobre y olvidado. En los últimos años el proceso descolonizador africano, la quiebra del aislamiento insular y la política mundial de bloques potenciarán y transformarán a Seychelles en cortísimo tiempo.

* * *

La actividad política en las islas comienza tímidamente durante la década del treinta, cuando representantes de los estratos oligárquicos fundan la Asociación de Contribuyentes, cuya aspiración se limitaba a lograr representantes electos que defendiesen sus intereses en un futuro Consejo Legislativo, medida que se estaba imponiendo por aquellos años en otras posesiones británicas del continente africano. Tales aspiraciones desaparecieron conforme la politización permeabilizaba progresivamente a las demás capas sociales seychellesas.

El momento en que podemos situar este cambio de mentalidad es en 1963, cuando dos abogados locales, James Mancham y Albert René, fundan el Seychelles Democratic Party (SDP) y el Seychelles Peoples'

United Party (SPUP), respectivamente. En torno a ambas personalidades y ambos partidos girará la historia de Seychelles en los catorce años siguientes.

El primero, predominante hasta el golpe del pasado año, se manifestaba partidario decidido de la empresa privada y de la integración con la metrópoli bajo un *status* similar al de Jersey o Guernesey, o, ya en la zona geográfica, como el de Reunión con Francia, y su dirigente era decidido partidario de convertir—como en efecto convirtió—el turismo en motor del desarrollo y base de la economía del archipiélago.

El SPUP, por su parte, se colocó desde el primer momento más a la izquierda, proclamándose siempre «socialista», aunque eludiendo especificar de cual tendencia. En un principio propugnó la «autodeterminación» del territorio y su «asociación» con Gran Bretaña, para pasar, tras no pocas vacilaciones iniciales, a propugnar sin ambages a partir de 1970 la independencia pura y simple del país. Mientras que su dirigente—Mr. Albert René—se manifestó siempre reticente en relación con el papel prioritario asignado al sector turístico en el desarrollo insular.

En 1967 Seychelles alcanza la autonomía, se constituye el Consejo de Gobierno con funciones legislativas y ejecutivas y se realizan las primeras elecciones del país con sufragio universal. En 1970, tras una conferencia constitucional, se modifica la Carta de 1967 y se aumentan los puestos electivos en el Consejo de Gobierno a 15, frente a sólo tres *ex officio*. Gana las elecciones el SDP y Mancham es nombrado *Chief Minister* del territorio.

Entretando, y paralelamente al desarrollo turístico, que rompe su aislamiento, Seychelles entra en el juego geopolítico internacional, que ningún país puede eludir en nuestra era.

El primer síntoma en este sentido se produce cuando el IV Comité de las Naciones Unidas se opone a la construcción en Seychelles de instalaciones militares, que temía pretendiese hacer Gran Bretaña, como «contrario a los intereses del pueblo de Seychelles y amenaza a la paz y seguridad de los Estados vecinos»⁴.

El SPUP, a partir de 1970 juega fuerte la carta africanista e independentista; su responsable de relaciones internacionales—y hoy ministro de Relaciones Exteriores y Turismo—, Guy Sinon, viaja a Tanzania y otros países «progresistas» africanos, propugna la incor-

⁴ Por Resolución adoptada por las Naciones Unidas en 1971 se ha proclamado al océano Índico como «Zona de paz». Hasta ahora, como es harto concido, ha tenido tal Resolución un valor puramente teórico.

poración de Seychelles a la comunidad del Africa Oriental, contacta al Comité de Liberación de la OUA, cuya sede está en Dar es Salaam, y acaba por obtener en la «cumbre» de la Organización Africana celebrada en Rabat en 1972 su reconocimiento como Movimiento de Liberación. Mientras que el SDP, que no deseaba contactos con la OUA, ni pertenecer a la misma, se ve rechazado en los areópagos africanos.

Entretanto, en las sucesivas elecciones —1967, 1970 y 1974— el SPUP se muestra minoritario, aunque no sea grande el número de votos que lo separan del partido gobernante, lo que contribuye a radicalizar con éxito su postura nacionalista y africanista, amén de buscar en otras latitudes contrapesos a la influencia occidental en la política insular, de que es reflejo la gira del jefe de la oposición, Albert René, a Moscú en 1973, en la cual las autoridades soviéticas no ocultaron su interés en obtener facilidades navales en el archipiélago.

En las elecciones del abril de 1974, el SDP obtiene el 52,4 por 100 de los votos, y el resto el SPUP, aunque en el Consejo Legislativo el sistema electoral produzca una mayoría de 13 diputados del SDP frente a sólo dos de la oposición.

Pero el SPUP logra una victoria moral, ya que el SDP, ante la presión africana y el total desinterés de Londres por la integración política de Seychelles, consecuencia de su «retirada del este de Suez» en 1974, se ha visto obligado desde aquel año a aceptar como postulado la independencia total del territorio en el marco africano, olvidando declaraciones no lejanas de su dirigente en que la calificaba como «carente de sentido» (*meaningless*).

Tras las elecciones de 1974—en que por cierto la campaña del SPUP fue financiada por el Comité de Liberación de la OUA—ambos partidos concluyeron por aceptar la independencia dentro del marco africano.

Al año siguiente se celebra una nueva conferencia constitucional, ya sobre la base indiscutible de la independencia del territorio, en la que se impone la tesis del SPUP de que el futuro Estado adoptase la forma republicana de Gobierno, frente a una fórmula monárquica similar a la de Mauricio propugnada por el SDP.

En esta oportunidad Gran Bretaña logra imponer un Gobierno de coalición entre los dos partidos, no obstante la oposición ideológica de los mismos y la incompatibilidad personal entre sus dirigentes, esperando superar con ello los incidentes producidos el año anterior tras las elecciones, sin precedentes en el hasta entonces pacífico archipiélago.

Al llegar la independencia sigue manteniéndose el Gobierno de coalición con Mr. James Mancham como presidente de la República, dotado de amplios poderes, mientras Mr. Albert René era nombrado primer ministro con facultades limitadas, y constituido el Gabinete con doce representantes del SDP y cuatro del SPUP, distribución que estos últimos, sobre todo su sector juvenil, no consideraron desde luego representativa de la auténtica voluntad popular.

El 28 de junio de 1976, y en medio del entusiasmo popular, se proclama solemnemente la independencia, con asistencia del duque de Gloucester como representante del monarca británico.

Como en coyunturas similares en los últimos años, el ambiente era del máximo optimismo, en este caso aparentemente justificado.

Seychelles se encontraba en pleno *boom* turístico, la antigua metrópoli garantiza su viabilidad fiscal al comprometerse a la concesión de ayuda por valor de 10.000.000 de libras durante los dos primeros años de independencia y a una donación a fondo perdido de 1.700.000 libras. Por otra parte, Washington se compromete a pagar a Seychelles 10.000.000 de rupias anuales durante diez años en concepto de alquiler por la estación de seguimiento de satélites, por la que no desembolsaba cantidad alguna a la antigua metrópoli, abriéndose a la posibilidad de nuevas fuentes de financiación favorables o concesionales por parte de otros países, como Francia.

Por tanto, y hasta su implicación en la rivalidad entre las grandes potencias en el Indico, el futuro del archipiélago aparecía tan pacífico como su pasado.

Inicialmente, el programa económico es enunciado por el presidente Mancham en declaraciones hechas con ocasión de los actos de la independencia, en las que señaló como proyectos prioritarios el desarrollo del turismo, pesca y agricultura y—siguiendo el ejemplo de algunos territorios del Caribe, como Bahamas o Gran Cayman, con los que tanto tiene en común—el convertir a la flamante república en un centro financiero internacional, lo que favorecía su régimen de libertad de cambios.

Sin embargo, ya en esta oportunidad el primer ministro reiteraba su actitud contraria al monopolio turístico y favorable a potenciar el sector pesquero, al declarar que «debemos volvernos a nuestros mares [...], creando una industria pesquera grande y viable que incluya la conservera y de piensos [...], que a su vez generará otras actividades económicas que producirán empleo y divisas que nos permitan adquirir las muchas cosas que no podemos producir por nosotros

mismos»⁵. Ideas que se reflejan en este sector, antes ignorado—sólo empleaba 300 personas—: un grupo de expertos británicos examina sus posibilidades⁶ y Grecia, Corea del Sur e incluso Japón ofrecen su ayuda técnica.

Entretanto la nueva república se incorpora inmediata y dinámicamente a la comunidad internacional, integrándose en la Commonwealth, la OUA y el Acuerdo de Lomé⁷.

Francia es el primer país que abre embajada en Seychelles con carácter de residente—ejemplo seguido en los meses posteriores por otras cuatro naciones—y el presidente Mancham es invitado y visita París pocas semanas después de la independencia. Gran Bretaña promete la sustancial ayuda a que antes aludimos y parece que el nuevo Estado inicia también en las agitadas aguas de la política internacional africana una pacífica singladura.

De ello se hace eco el primer mandatario al declarar con motivo de la independencia que Seychelles «será amigo de todos y enemigo de nadie», afirmaciones que paradójicamente provocaron inmediatas críticas, tanto por parte de la oposición como de los medios «progresistas» africanos, y que quedan inmediatamente matizados por el propio presidente al declarar el 29 de junio que Seychelles no mantendría relaciones diplomáticas ni con la República Sudafricana ni con Israel; la adhesión del nuevo Estado al principio de no alineación y su oposición al hegemonismo y a la presencia de bases extranjeras en el océano Indico. También declaró que Seychelles no mantendría fuerzas militares propias para su defensa, idea que fue abandonada por su sucesor.

Las presiones de la OUA y Tanzania para que rompiese los vínculos comerciales y turísticos con la RSA no encontraron, sin embargo, eco en el nuevo Gobierno, dado el gran peso de los mismos para la economía local, por lo que en el citado discurso, el presidente Mancham, tras expresar su oposición decidida al *apartheid*, manifestó que el permitir la venida de turistas sudafricanos era el mejor medio para que éstos descubriesen las ventajas de una sociedad multirracial⁸.

* * *

⁵ Véase *African Development*, de Londres, septiembre de 1976, p. 861.

⁶ Una de las conclusiones a que llegó fue sobre la inaplicabilidad de la pesca de arrastre dado el carácter coralino de la zona.

⁷ Véase artículo del autor: «El Acuerdo de Lomé», en el núm. 139 (mayo-junio 1975) de la *Revista de Política Internacional*. Con base al mismo Seychelles ha propuesto considerar al turismo como un artículo de exportación más, beneficiario de Stabex.

⁸ Véase texto en *The Times*, Londres, 30 de junio de 1976.

El 5 de junio del año siguiente un pequeño grupo de activistas juveniles del SPUP da un golpe de Estado, apoderándose del arsenal de la policía, por lo que fue bautizado como «el golpe de los sesenta rifles». La caída del Gobierno anterior se salda en pocas horas y con sólo dos víctimas.

El presidente Mancham se encontraba en Londres asistiendo a la Conferencia de la Commonwealth—al igual que ocurriera con Obote y Gowon al ser derribados en circunstancias similares—y fuera del país se hallaban también en aquella oportunidad el comisario en jefe de la policía—ciudadano británico—y la mayoría de los ministros de Seychelles.

Se dijo que el golpe había sido preparado en Tanzania por cuatro activistas del SPUP, lo que nunca ha podido comprobarse, y sobre lo que el nuevo presidente, Albert René, ha eludido responder, alegando ignorar dónde se habían entrenado los dirigentes del golpe⁹.

En efecto, el primer ministro fue invitado por los triunfadores a constituir nuevo Gobierno y asumir la presidencia de la República, que aceptó tras consultas con su partido e imponiendo varias condiciones, de las que la más significativa para nuestro estudio era «el reconocimiento de todos los acuerdos internacionales concluidos por el Gobierno anterior», condiciones que fueron aceptadas por los revolucionarios triunfantes, tras lo cual pasa a convertirse en jefe de Estado, suprimiendo el cargo de primer ministro y constituyendo un Gabinete formado exclusivamente por personalidades de su partido.

El nuevo Gobierno representa un claro giro a la izquierda, que veremos irse concretando progresivamente en los meses siguientes, sin abandonar en ningún momento un elevado pragmatismo.

El nuevo mandatario insiste en el mantenimiento de una política de desarrollo sobre los pilares del turismo, pesca y agricultura—ignorando ya totalmente las ideas del anterior presidente de convertir a Seychelles en un centro financiero internacional—, y manifestando su intención de iniciar un programa de viviendas para dotar de alojamiento digno a toda la población y de transformar el sistema educativo para hacer realidad la igualdad de oportunidades.

Declaraciones bien acogidas en los medios locales y que no podían en absoluto despertar recelos en el exterior.

El flamante Gobierno procedió también a expulsar del país a los oficiales británicos de la policía y al presidente del Tribunal Supremo, ciudadano también de la antigua metrópoli.

⁹ Véase sus declaraciones a la revista *Africa*, de Londres, núm. 72 (agosto de 1977), p. 37.

El nuevo régimen es reconocido rápidamente y sin dificultad por las potencias extranjeras. Gran Bretaña y Francia se comprometen a mantener su ayuda, que en el caso de este último país ascendía a 3.000.000 de rupias para actividades culturales, y el ministro francés de Cooperación, Robert Galley, visita Seychelles tres semanas después del golpe para asistir a los actos conmemorativos del primer aniversario de la independencia.

Estados Unidos mantiene sin dificultad, «por el momento», su estación de seguimiento de satélites¹⁰, y el primer embajador soviético presenta sus cartas credenciales mientras el presidente niega terminantemente las acusaciones de su predecesor de haber existido inspiración moscovita en el golpe y manifiesta en su primera conferencia de prensa su intención de mantener buenas relaciones con Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos.

En cuanto a las líneas de la política exterior del nuevo régimen, el presidente René, en declaraciones a la revista *Africa*, de Londres, criticó como superficial el lema de su predecesor de mantener amistad con todos y enemistad con ninguno¹¹, y cristalizó las propias en los siguientes postulados: reafirmar la independencia del país, el respeto a los tratados internacionales y mantenimiento de la no alineación.

Ideas que el 28 de junio concreta el nuevo ministro de Relaciones Exteriores y Turismo, Mr. Guy Sinon, en una charla por la radio local, al indicar que «el nuevo Gobierno no tiene intención de romper las relaciones económicas con Sudáfrica, pero al propio tiempo no ve la necesidad de estrecharlas», manifestando igualmente que mantendrá su adhesión a las organizaciones internacionales a las que pertenece y relaciones diplomáticas con todos los países con los que las mantenía el Gobierno anterior, aunque haciendo una sorprendente excepción en el caso de Chile, con quien «adoptará otra actitud». Señalemos de pasada que no existía ni ha existido relación a ningún nivel entre Chile y el flamante microestado.

El nuevo régimen establece progresivamente estrechas relaciones con sus vecinos de similar ideología, como Tanzania y Madagascar, y en el plano interno su orientación plasma en la creación, a los cinco días de instalarse, de una «milicia popular» para evitar un contragolpe, en la conversión *de facto* del SPUP en partido único¹² y en el cambio de himno y la bandera nacionales.

¹⁰ Declaraciones del presidente René a la revista *Africa*, *loc. cit.*

¹¹ *Loc. cit.*

¹² Véase revista *Africa*, *loc. cit.*

Sin embargo, hasta la actualidad no se ha registrado un cambio fundamental y cualitativo del ambiente en el país, favorable a la afluencia turística, que sigue constituyendo, por gran diferencia, su principal fuente de ingresos.

El nuevo régimen no ha modificado revolucionariamente el sentido y vida del país, reflejándose su impacto mucho más en el plano exterior que en el interno. Tal vez nada defina mejor la nueva situación que las declaraciones del presidente René en su primera conferencia de prensa, después del golpe: «No somos un partido marxista, sino solamente socialistas del océano Indico.»

Y en efecto, dentro de esta línea Seychelles acogió, del 27 al 29 de abril del presente año, su primer congreso internacional: la Conferencia de partidos y fuerzas progresistas de las islas del sudoeste del océano Indico, con asistencia de representantes de los Gobiernos de Madagascar, Comoros y Seychelles y de los partidos de la oposición de Mauricio y Reunión, así como de observadores de varios movimientos de liberación: OLP, de Palestina; SWAPO, de Namibia; Frente Patriótico, de Zimbabwe, y ANC, de Sudáfrica.

Al abrirla, el presidente René hizo una calurosa defensa de la no alineación y neutralización del Indico, criticando tanto el establecimiento por los Estados Unidos de la base naval de Diego García como la presencia de la flota soviética en aquel océano, indicando que «la solución más sencilla para ambas potencias es que ninguna estuviese presente en la zona, entonces no habría peligro, no había rivalidad ni necesidad de ninguna clase de balanza de poder»¹³.

En la reunión se trató no sólo de la desmilitarización del Indico —razón fundamental de la misma y sobre cuyo principio existía total unanimidad entre los participantes—, sino también sobre la cooperación económica entre los mismos para el aprovechamiento de los recursos naturales, estudiándose concretamente dos proyectos: uno del Banco Mundial para la creación de industrias pesqueras regionales y otro de la CEE de establecer una marina mercante para la zona de carácter plurinacional.

Sin embargo, y significativamente, en el último día de la Conferencia, ya ausentado el presidente René para realizar a Pekín y Pyong Yang su primer viaje oficial al extranjero como jefe de Estado, se produjo un conato de golpe, que fracasó con el saldo de dos docenas de detenidos.

Luis MARIÑAS OTERO

¹³ Véase *Daily News* de Dar es Salaam, 29 de abril de 1978.

